

4. El aceite de la fe

- Hablar de la fe es hablar de una luz.
- De acuerdo.
- Pero, la fe, lo dice el Papa y, antes que él, san Pablo, es una puerta.
- Está bien.
- Además, la fe es sal: Jesús decía que somos la sal de la tierra.
- Sea.
- Demos un paso más: la fe es comparable al aceite.

Llegados a este punto, quizá alguno proteste y piense que basta ya de imágenes peregrinas. Sin embargo, al considerar el aceite de la fe no estamos ante un signo secundario o anecdótico, sino ante uno primordial.

Algo de lenguas nos ayudará a entenderlo. En realidad, el misterio del aceite está presente en nuestro nombre. “Cristiano” viene de “Cristo”, que es la traducción griega de “Mesías”, que se puede traducir al castellano como “ungido” con aceite. Por eso, ser cristiano tiene que ver con el aceite: significa proceder de Cristo, pertenecer a Aquel que ha sido ungido, no con aceite material sino con el Espíritu Santo, representado en ese óleo. El aceite, por tanto, habla de nuestra identidad y nos remite a la presencia del Espíritu Santo.

a. Una imagen, una pregunta

“Vosotros estáis ungidos por el Santo (...) y la unción que de Él habéis recibido permanece en vosotros” (1 Jn 2, 20.25). La unción nos habla ante todo de una señal, de un sello que permanece en el que ha sido ungido. Es la marca que hemos recibido en el Bautismo. ¿En qué consiste esta señal?

El aceite, que posee múltiples significados. Además de alimento (aliño para la ensalada, para un desayuno andaluz o para freír verduras), es también medicina, cosmético, aroma, combustible, señal de paz y de bienvenida, preparación para la lucha... Ante todo, la fe es aceite en cuanto que se aplica sobre la piel, que se derrama sobre una persona y la unge.

El aceite recorre toda nuestra existencia, y de modo singular nuestra vida cristiana. En el Bautismo de nuestros hijos – y en el nuestro – el aceite estuvo presente en dos ocasiones. En primer lugar, el sacerdote ungió el pecho del bebé; y después del baño en el agua, tomó otro aceite y lo untó en la coronilla. Años más tarde, llegó (o llegará) para nuestros hijos la unción de la confirmación; para algunos, quizá también la unción sacerdotal. Y cuando nuestra vida comience a acercarse a su fin, o en momentos de operaciones o enfermedad, nos acompañará también el Señor a través de la unción de los enfermos.

Para descubrir el significado de la unción, veremos su acción en los distintos momentos de nuestra vida: desde el catecumenado y el bautismo, hasta el momento en el que nos preparamos para el encuentro definitivo con Dios. La liturgia conoce tres tipos de aceites: el óleo de los catecúmenos, el Santo Crisma y el óleo de los enfermos. En ellos distinguimos tres momentos principales en el camino. En el óleo de los catecúmenos reconocemos la bondad de Dios que viene a buscarnos. En el Santo Crisma (Bautismo y confirmación) descubrimos que Dios nos consagra y nos envía, nos da una misión: es el aceite del atleta y del apóstol. Finalmente, en el óleo de los enfermos, Dios se nos presenta como médico que alivia y acompaña en el sufrimiento.

b. Algo de historia

Antes de seguir adelante, será bueno distinguir someramente entre estos tres aceites. En primer lugar, el óleo de los catecúmenos está destinado a los que se preparan para recibir el bautismo. Para que puedan renacer como hijos de Dios, este aceite los fortalece para el camino y

aleja de ellos el mal y el pecado. Con este óleo se unge también a nuestros hijos en el pecho poco antes de que reciban el bautismo.

En segundo lugar, el óleo más importante es el Santo Crisma. Mientras que los otros dos son bendecidos, este es consagrado por el obispo. Se trata de una mezcla de bálsamos y aromas con aceite de oliva. El Santo Crisma se emplea en el Bautismo tras el baño de la cabeza, ungiendo la coronilla del pequeño. También lo recibimos en la Confirmación, cuando el obispo traza una cruz sobre la frente del cristiano. Con Crisma se ungen las manos del nuevo sacerdote y la cabeza del nuevo obispo. Por último, este óleo se emplea también para ungir los objetos y los lugares sagrados: cuando consagramos un cáliz o una patena, o cuando se consagra una iglesia y se unge el altar y las paredes del edificio.

En tercer lugar, tenemos el óleo de los enfermos, destinado al sacramento de la Unción de los enfermos. El aceite es medicina para el enfermo, fortaleza y alivio para sus heridas. Así nos lo recuerda el apóstol Santiago: “¿Hay alguno enfermo entre vosotros? Haga llamar a los presbíteros de la comunidad y oren sobre él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor” (St 5, 14).

Los tres óleos se renuevan cada año en la Misa Crismal, que celebra el Obispo en su catedral, ordinariamente el Jueves Santo por la mañana. Así se manifiesta que la salvación, transmitida por el signo sacramental del aceite, brota de la entrega de Cristo, de su Pascua.

c. A la luz de la Escritura

El aceite es fruto sabroso de la creación y signo de la bendición de Dios. Ya después del diluvio, la rama de olivo que la paloma trajo en su pico a Noé indicaba la paz y reconciliación con Dios (Gén 8,11). La Tierra Prometida es rica en olivares (cf. Dt 6, 11; 8, 8). Su abundancia es sinónimo de salvación y felicidad (cf. Jl 2, 19; Os 2, 24), mientras que su ausencia es un castigo por la infidelidad (cf. Miq 6, 15; Hab 3, 17). Aceite, vino y pan, olivo, vid y trigo son ingredientes esenciales de la dieta mediterránea, también de Israel (cf. Dt 7, 13; 11, 14; Jer 31, 12). Junto con el trigo, el aceite es un alimento imprescindible en tiempo de hambre. Así nos lo recuerda el famoso encuentro de Elías con la viuda de Sarepta, a la que apenas le quedaba un poco de harina y aceite para amasar un pequeño pan (cf. 2Re 4, 1-7; 1 Re 17, 14).

Pero el aceite no solo se come; también se unta. La Biblia nos lo presenta como ungüento que perfuma el cuerpo (cf. Am 6, 6; Est 2, 12), fortalece los miembros para el combate (cf. Ez 16, 9) y suaviza las heridas (cf. Is 1, 6; Lc 10, 34). Como aroma que regocija, se trata del “óleo de la alegría” (cf. Sal 45, 8; 104, 15) que da resplandor al rostro y es símbolo del amor (cf. Cant 1,3) y de la amistad (Prov 27, 9).

Además de comida y ungüento, el aceite es fuente de luz. En el camino por el desierto, el aceite de oliva puro y refinado ardía en presencia del Señor, alimentando la lámpara de la Tienda del Encuentro (cf. Ex 27, 20). En nuestras iglesias, la vela del Sagrario manifiesta la presencia de Jesús gracias al aceite. Si no se repone, ocurre lo que a las vírgenes necias de la parábola (cf. Mt 25, 3-8).

Finalmente, el aceite es también un ingrediente necesario para la oblación (cf. Lev 2, 1; Num 15, 4). La idolatría consiste precisamente en ofrecer este aceite a los Baales (cf. Os 2, 7.10; 12, 2).

Recapitulemos. El aceite es alimento, ungüento, combustible e ingrediente para los sacrificios. En la historia de Israel, estos significados se comprenden a la luz del segundo. El aceite es signo exterior de la elección divina y de una nueva pertenencia. Cuando alguien es ungido, el Espíritu lo inunda y le da una misión nueva. Por eso, derramar aceite sobre la cabeza de alguien no es solo desearle alegría y felicidad, y honrarlo, sino que es el comienzo de una vida nueva (cf. Sal 23, 5; 92, 11). “Ungido” se dice “Mesías” en hebreo, y “Cristo” en griego. En el pueblo de Israel, los ungidos de Dios son los reyes (Saúl, David...) y el sumo sacerdote, que iluminan y guían al pueblo (cf. Zac 4, 11-14).

En su camino por el desierto, Moisés ungió a Aarón y a sus hijos con un óleo santo. Tras preparar una mezcla con perfumes y aceite de oliva, ungió primero la Tienda del Encuentro, el Arca

de la alianza, el altar y todos los demás objetos. Después de esto, consagró con “el óleo de la unción santa” a Aarón y sus hijos como sacerdotes (cf. Ex 30, 22-33).

Más tarde, se nos narra la unción de Saúl como rey: “Samuel tomó entonces el frasco del óleo, lo derramó sobre la cabeza de Saúl y le besó, diciendo: *El Señor te unge como jefe sobre su heredad (...). Entonces vendrá sobre ti el Espíritu del Señor, profetizarás y te convertirás en otro hombre. Cuando te sucedan estas señales, haz lo que se te ponga a mano, porque Dios está contigo*” (1 Sam 10, 1.6-7; cf. 16, 13). La unción es un don del Espíritu sobre el elegido, y manifiesta la presencia de Dios con él.

El Nuevo Testamento nos presenta a Jesús de Nazaret como el Cristo, el Mesías, el Ungido, en quien se aúnan las dos tradiciones de la unción: es el Rey de Reyes y el Sacerdote de una nueva alianza. Así estrena Marcos su Evangelio: “Evangelio de Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios” (Mc 1, 1).

Jesús es el Ungido de Dios, es decir, el que está lleno del Espíritu Santo. Así lo proclama en la sinagoga de Nazaret al leer la profecía de Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista (...). Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír” (cf. Lc 4, 14-30; Is 61, 1). En otra ocasión, una mujer pecadora ungió los pies de Jesús (Lc 7, 46), y en Betania, parece que fue María la que derramó el perfume costoso sobre Jesús (cf. Jn 12, 1-11; Mt 26, 7). Para mostrar la identidad de Jesús, la carta a los hebreos le aplica lo que dice el Salmo 45: “Dios te ha distinguido entre tus compañeros, ungiéndote con aceite de júbilo” (cf. Heb 1, 9; Sal 45, 8).

Hablar de la unción de Jesús es hablar de su relación con el Espíritu Santo, que lo inunda y lo guía en su misión. Es el Espíritu que se derrama sobre los Apóstoles en Pentecostés, ungiéndolos también a ellos. Será más tarde, en Antioquía, donde se comenzará a llamar “cristianos” (ungidos) a los discípulos de Jesús (cf. Hch 11, 20-26).

El aceite, por tanto, lo llevamos en el nombre. Pero esto no basta. Como decía san Ignacio de Antioquía, “no quiero solo llamarme cristiano, sino que quiero serlo de verdad”. Para que este nombre se cumpla en nosotros, el Espíritu Santo actúa en nuestro corazón en las distintas etapas de nuestra vida. Veremos a continuación este “camino del aceite” en nosotros.

d. Para dar vida en el mundo

En cuatro sacramentos, el aceite es signo de la bondad de Dios que llega a nosotros: en el Bautismo, la confirmación, en la unción de los enfermos y en los diversos grados del sacramento del orden (diácono, sacerdote, obispo). Nos centraremos ahora en los tres primeros, comunes a todo cristiano. En ellos se manifiesta la acción del Espíritu Santo que nos busca, nos envía y nos sana.

d.1. Las unciones del Bautismo: Dios nos busca

Durante el rito del Bautismo, el bebé recibe dos unciones con aceite: una antes y otra después del baño de agua, es decir, del momento del Bautismo. La “unción prebautismal” se hace con el óleo de los catecúmenos en el pecho del pequeño, mientras se le dice: “Para que el poder de Cristo salvador te fortalezca, te unguimos con este óleo de salvación en el nombre del mismo Jesucristo, Señor nuestro”. Para llegar a ser cristiano, “ungido”, y así hijo de Dios, es necesaria esta fortaleza para rechazar el mal.

Después, se unge de nuevo al bebé ya bautizado (esta vez con el Crisma y en la coronilla), y se le dice: “Dios Padre que te ha liberado del pecado y te ha dado vida nueva por el agua y el Espíritu Santo, te consagre con el crisma de la salvación para que entres a formar parte de su pueblo y seas para siempre miembro de Cristo”.

Ser ungido con el Crisma es ser empapado y transformado por el Espíritu de Jesús. Como ocurre en las buenas pomadas y ungüentos, este aceite no se queda en la superficie sino que penetra profundamente el cuerpo: “que penetre en su interior como agua, y en sus huesos como aceite” (cf. Sal 109, 18). Así, por el Bautismo somos consagrados y recibimos un sello espiritual indeleble de pertenencia a Cristo. La unción explica lo que ha ocurrido a través del agua del bautismo: hemos

recibido la presencia viva del Espíritu Santo en nosotros, hemos sido unidos a Cristo para siempre. Este “sello del Señor” es el sello con que el Espíritu Santo nos ha marcado “para el día de la Redención” (Ef 4, 30).

De este modo, en la doble unción del Bautismo descubrimos la misericordia de Dios, su bondad para con nosotros. Una etimología popular, relaciona la palabra griega “*elaion*”, óleo, con la palabra “*eleos*”, misericordia (de ahí el *Kyrie eleison*). El sacramento del óleo es signo de la misericordia de Dios que se derrama sin medida, que busca a la oveja perdida: al catecúmeno que no recibió la fe desde pequeño, y al recién nacido que aprende a alabarle antes que a hablar y a caminar.

El fruto de esta doble unción es el nacimiento a una vida nueva, a una paz nunca conocida. Dios nos busca, nos da su toque delicado. El aceite de la fe, el fruto del olivo, tiene que ver con la paz. Después del diluvio, el símbolo de la reconciliación de Dios con los hombres fue el ramo de olivo que la paloma trajo en su pico a Noé. Por eso, los primeros cristianos adornaban las tumbas de sus difuntos con la corona de la victoria y el ramo de olivo. Era símbolo de la victoria de Cristo sobre la muerte: sus difuntos descansaban en la paz de Cristo. Esta paz nunca vista es el anuncio de la Navidad (de los ángeles a los pastores) y de la Resurrección (“Paz a vosotros”). Cristo mismo es nuestra paz, y llega a través de la paloma, es decir, del Espíritu Santo.

Pero se trata de una paz muy especial. No es la paz del dormilón, ni la del pacifista, de la falta de tensión en la vida, de la modorra... Al tiempo que habla de la paz, el aceite habla también de fortaleza para la lucha, que es parte de la paz. La lucha no consiste en la agresividad sino en estar dispuestos a sufrir por el bien, por Dios. La lucha de los mártires, por ejemplo, consistía en su “no” a la injusticia: rechazaban adorar al emperador porque decían “no” a la falsedad de adorar a personas humanas. Así sirvieron a la paz verdadera, como dice la Escritura: “Has amado la justicia y odiado la impiedad: por eso el Señor, tu Dios, te ha ungido con aceite de júbilo entre todos tus compañeros” (Sal 45, 8).

Para comprender esta paz que pervive con las oscuridades y las angustias, podemos contemplar la paz interior de María, la Madre de Jesús. Muchos fueron los imprevistos en la noche de Belén: después del extenuante viaje hasta Belén, vino la búsqueda de posada, el refugio en la cueva, las visitas inesperadas de los pastores y los magos, y por fin, la huida nocturna a Egipto. En todo esto, María medita, considera en silencio y custodia en su corazón. También ella, como nosotros, necesita tiempo para entender.

d.2. El Santo Crisma de la confirmación: Dios nos envía

El aceite de la fe bautismal nos muestra la bondad de Dios que nos busca y nos toca, ungiéndonos, es decir, consagrándonos. A partir del Bautismo, el Espíritu interviene con acción profunda y continua en todos los momentos y bajo todos los aspectos de la vida cristiana. Su labor consiste en “orientar los deseos humanos en la dirección justa, que es la del amor generoso a Dios y al prójimo, siguiendo el ejemplo de Jesús” (cfr. Juan Pablo II, *Audiencia del 26 de junio de 1991*). En otras palabras, el Espíritu va formando en nosotros el rostro de Jesús. Con el paso de los años, la acción del Espíritu nos ayuda a crecer en sabiduría, edad y gracia y nos prepara para el don nuevo de la confirmación.

“*Pedro*, recibe por esta señal el don del Espíritu”. Si por el Bautismo, Dios nos busca y nos toca con su amor, a través de la Confirmación, Dios nos envía y nos hace testigos de ese amor. Es este el sacramento en el que el don del Espíritu se nos da *ad robur*, es decir, para la fortaleza, para comunicar esa fuerza que será necesaria en la vida cristiana y en el apostolado del testimonio y de la acción, al que todos estamos llamados. El aceite ya no es el toque delicado, sino el unguento del atleta y del gladiador que unge su cuerpo para la lucha. El Espíritu Santo otorga ahora la fuerza de la fidelidad, de la paciencia y de la perseverancia en el camino del bien y en la lucha contra el mal.

En la oración sobre los confirmandos pedimos que el Señor derrame su Espíritu Santo “para que los fortalezca con la abundancia de sus dones, los consagre con su unción espiritual y haga de ellos imagen perfecta de Jesucristo”. Ser ungido es ser fortalecido para una misión que ocupa la vida entera. Así percibimos que, más allá de los propios gustos y sentimientos, existe un proyecto de Dios, una llamada y una tarea a cumplir.

Esta misión se cumple para unos en el sacerdocio, recibiendo una nueva unción para la misión, o bien en el sacramento del matrimonio, don del Espíritu Santo. En este último, dos cristianos, hijos de Dios por el Bautismo, se entregan el uno al otro y reciben el don del Espíritu Santo, de forma que su amor revela ahora el amor de Dios.

La unción del bautismo y la confirmación se dan de una vez para siempre. No se pueden repetir ni borrar. En el sello que imprimen descubrimos que Dios nos busca, nos consagra y nos da una misión. Pero para llevar a cabo esa tarea, el aceite de la fe debe renovarse a diario a través del trato con el Ungido en la **oración**. Aquí viene en nuestra ayuda otra de las imágenes del aceite: además de unción y sello, el óleo es combustible que se quema repartiendo luz. El aceite que rebosa en las lámparas de las vírgenes sabias es la oración, que alimenta y acrecienta la fe. Este aceite llena también las lámparas de las familias sabias, que saben encontrar los momentos y lugares para orar unidos.

d.3. El óleo de los enfermos: Dios nos sana

Entre las propiedades del aceite, una no despreciable es su poder curativo. El aceite alivia las quemaduras y las heridas, suaviza la piel y, en la medida de lo posible, ayuda a regenerar los tejidos. Por eso, también en la enfermedad, nuestra vida está marcada por el aceite de la fe.

En su vida terrena, Jesús se manifestó como médico del hombre entero, que curaba las enfermedades y perdonaba los pecados. El sacramento de la unción de los enfermos es la prolongación de esta compasión de Cristo. Al gravemente enfermo o al anciano se le ungen la frente y las manos, diciendo: “Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo, para que libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en la enfermedad”.

Pero la acción de Cristo médico no se limita al final de la vida y a las graves enfermedades. El óleo de la fe se aplica a las heridas del corazón, a veces pequeñeces cotidianas, otras veces, desajustes familiares que chirrían o heridas profundas e infectadas. Pero seamos precisos: el aceite no se aplica a cualquier herida. No lo empleamos para cerrar un corte o una incisión profunda, que necesitan quizá puntos de sutura. El aceite ayuda sobre todo en las contusiones y en la quemaduras. Una vez que el fuego de la cocina o del horno ha abrasado la piel, la regeneración es peligrosa (puede infectarse fácilmente) y, sobre todo, lenta. Para curar estas heridas, quemaduras leves o graves, el método del aceite es el de la paciencia.

El óleo actúa muy poco a poco, a veces con una lentitud desesperante. Frente a su lenta acción, resulta tentador buscar la opción más fácil: cortar por lo sano. Amputar es la solución radical que no admite vuelta atrás. El aceite no “corta por lo sano” sino que sana lo enfermo, pero mientras que el corte del cirujano se realiza en un instante, el aceite necesita tiempo.

El aceite de la fe sana también así. En las heridas del corazón queremos a veces curar amputando, renunciando a una parte de nosotros, a la relación con un familiar que nos ha ofendido, o, incluso, reduciendo la “transparencia” en nuestra familia. “No tiene remedio” “no hay nada que hacer”, pensamos. Frente a la solución radical, el aceite de la fe nos invita a la paciencia, a sanar las heridas con la suavidad y la delicadeza del aceite de oliva. La curación llega poco a poco, a través del diálogo y la escucha que pueden finalmente desembocar en una conversión profunda y en una confesión.

e. Conclusión

“Vosotros estáis ungidos por el Santo (...) y la unción que de Él habéis recibido permanece en vosotros”. El aceite de la fe nos habla de la presencia amable y solícita del Espíritu en nuestra vida. Por el sello del Bautismo, recibimos la unción del Espíritu de Cristo, que habita en nosotros y va formando en nosotros el rostro de Jesús.

El aceite de la unción nos recuerda que somos “cristianos”, ungidos por Dios. Por eso, no nos pertenecemos sino que hemos sido consagrados, somos propiedad suya. Llevamos su sello y la presencia de su Espíritu en nosotros.

- Tres preguntas para el coloquio

1. El aceite nos habla del Espíritu Santo, ese gran desconocido que actúa en mi vida sin que se le note. ¿Qué prácticas familiares nos pueden ayudar a reconocer y percibir su presencia?

2. Con el Crisma de la confirmación, recibimos una misión. Como familia somos sujeto, o no solo objeto de evangelización. ¿Cómo podemos vivir esta misión familiar, este envío que hemos recibido? ¿Cómo ayudar a nuestros hijos a prepararse a la confirmación y a vivir su fe con empuje apostólico?

3. El aceite es también medicina que sana nuestras relaciones poco a poco. ¿Qué prácticas nos ayudan a experimentar el toque delicado de Cristo médico? ¿Cómo podemos también nosotros ser aceite para las heridas de los que nos rodean?

- Compromiso de equipo:

Familiar: La oración del domingo en familia, aceite para la luz de nuestro hogar.

Del equipo: Buscar un momento de oración como equipo, quizá participando en alguna de las actividades comunes de Familias de Betania (Galilea, retiro...).

- Para los interesados en más:

BENEDICTO XVI, *Homilía de la Santa Misa crismal*, 1 de abril de 2010:

http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/homilies/2010/documents/hf_ben-xvi_hom_20100401_messa-crismale_sp.html

BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 2013. Bienaventurados los que trabajan por la paz:*

http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/messages/peace/documents/hf_ben-xvi_mes_20121208_xlvi-world-day-peace_sp.html

- Intenciones de Benedicto XVI para el mes de enero:

General: Para que en este “Año de la Fe” los cristianos puedan profundizar en el conocimiento del misterio de Cristo y testimoniar con alegría el don de la fe en Él.

Misionera: Para que las comunidades cristianas de Oriente Medio, con frecuencia discriminadas, reciban del Espíritu Santo la fuerza de la fidelidad y la perseverancia.

- Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,

conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.

Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.

Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.

Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.